



Concejo Deliberante
de la Ciudad de Ushuaia

Bloque Unipersonal
Arraigo y Renovación

CONCEJO DELIBERANTE USHUAIA	
MESA DE ENTRADA LEGISLATIVA	
ASUNTOS INGRESADOS	
Fecha: 3/11/2014	Hs. 12:25
Numero: 1275	Fojas: 17
Expte. N°	
Grado:	
Recibido:	<i>[Signature]</i>

"Donar órganos es donar Vida"
"1904 - 2014. 110 Años de Presencia Ininterrumpida en Antártida Argentina"

Nota N° 203/2014
Letra: B.U.A.R- L.C

USHUAIA, 3 de noviembre de 2014.-

SEÑOR PRESIDENTE:

Por medio de la presente me dirijo a Ud., a fin de solicitar se tenga en cuenta para colocar a una arteria de nuestra ciudad, el nombre de TENIENTE OSCAR AUGUSTO SILVA.

Este oficial del Ejército Argentino, pertenecía a la promoción 112 del Colegio Militar de la Nación y tuvo una destacada actuación en la Guerra de Malvinas.

El Teniente Silva era oriundo de San Juan, y fue la última víctima que cobró el conflicto. La noche del 13 de junio de 1982 y mientras cubría el repliegue de sus soldados en Monte Tumbledown, caía bajo las balas enemigas del usurpador inglés.

Es bueno que los pueblos reconozcan a sus héroes, aquellos que dieron todo, hasta lo más preciado que tiene un individuo: su propia, vida en defensa del suelo patrio.

Por lo expuesto, solicito que el nombre de Teniente Oscar Augusto Silva, sea incorporado al Registro correspondiente.

Adjunto a la presente, la solicitud presentada por el Coronel Oscar Alejandro León Soria, y documentación diversa que reconoce al Teniente Silva.

Sin otro particular, saludo a Ud. atte.

[Signature]
LUIS ALBERTO CARDENAS
Concejal B.U. Arraigo y Renovación
Concejo Deliberante de Ushuaia

Al Sr. Presidente
Concejo Deliberante
de la ciudad de Ushuaia
Dn. Damián DE MARCO
S / I D.

"Las Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur, son y serán Argentinas"

USHUAIA, ^K de octubre del 2014.

14-0044 / 5

OBJETO: Elevar pedido de nombre de calle en la ciudad de Ushuaia de un héroe de Malvinas.

AL SR CONCEJAL LUIS CARDENAS

Como integrante de la Promoción 112 del Colegio Militar de la Nación (CMN) y ciudadano de la Provincia de Tierra del Fuego, solicito al Sr Concejal tenga a bien se contemple la factibilidad de colocar el nombre en una de las nuevas arterias de la ciudad de Ushuaia que se están por abrir de un héroe de Malvinas, el Teniente Post Mortum OSCAR AUGUSTO SILVA, integrante de la promoción 112 del CMN

Se fundamenta el presente pedido en:

1. Ser considerado uno de los héroes de la gesta de Malvinas
2. Demostrar en todos sus procederes el amor y entrega hacia su Patria
3. Demostrar en su entrega , ejemplo personal y valentía extrema.
4. Descansar su cuerpo en parte del territorio de esta provincia (Cementerio de Malvinas)

Sin otro particular esperando que este pedido de un ciudadano de Ushuaia sea escuchado con el respeto que merece nuestro compañero fallecido en combate , lo saludo a Ud con mi consideración más distinguida.

AGREGADO: Artículos varios y publicaciones sobre el causante

OSCAR ALEJANDRO LEON SORIA

DNI 14.855.665

Monseñor Fagnano 348 – Ushuaia TDF

Coronel Integrante de la Promoción 112 del CMN



EL ULTIMO SANJUANINO CAIDO EN MALVINAS – DIARIO EL ZONDA – 12 DE JUNIO DE 2012

San Juan.- Un 13 de junio de 1982, el conflicto bélico se cobraba la última víctima sanjuanina: Oscar Silva. El valeroso teniente se sacrificó para que sus soldados pudieran regresar con vida al continente, y así fue. Un barrio de la provincia lleva hoy su nombre.

U

n día como hoy, pero hace treinta años atrás, perdía la vida heroicamente el último sanjuanino caído durante la Guerra de Malvinas, el Subteniente del Ejército Argentino, Oscar Augusto Silva, más conocido como “el Sapo Silva”.

“¡Viva la patria carajo!”, fue el último grito de guerra que dio el valiente sanjuanino antes de dar su vida por la Patria la noche del 13 de junio de 1982, tras cubrir el repliegue de sus soldados en Monte Tumbledown, Islas Malvinas.

Había nacido en la ciudad de San Juan el 16 de junio de 1956. Hijo de Oscar Augusto Silva Rufino y de Teresa Aída Rojo Molinari, único varón entre cinco hermanos. Sus hermanas, que cariñosamente lo llamaban el “Gordito”, sostienen que de pequeño ya demostraba ser aplicado y muy buen alumno. Aunque en la familia no se hallaban antecedentes militares, él sentía un gran deseo de serlo. Al

completar los estudios secundarios, se alistó en el Ejército Argentino y fue destinado a la 10.ª Brigada de Infantería, que participó en la Guerra de Malvinas.

El 13 de junio de 1982, el conflicto bélico se cobraba la última víctima sanjuanina: Oscar Silva. El valeroso teniente se sacrificó para que sus soldados pudieran regresar con vida al continente, y así fue. Un barrio de la provincia lleva hoy su nombre.

El día como hoy, pero hace treinta años atrás, perdía la vida heroicamente el último sanjuanino caído durante la Guerra de Malvinas, el Subteniente del Ejército Argentino, Oscar Augusto Silva, más conocido como “el Sapo Silva”.

egresar de la escuela primaria ingresó al Liceo Militar Espejo, en Mendoza, donde se recibió. Luego, concurrió a la Escuela Naval hasta cuarto año de donde se retiró para cursar la carrera de ingeniería durante un año. Fue en esta etapa de su vida, que Oscar Augusto comprendió cuál era su verdadera vocación, ser militar. Así ingresó al Colegio Militar de la Nación, de donde egresó a finales de 1981. Oscar Augusto tuvo como destino el Regimiento de Infantería N° 4, con asiento en Monte Caseros, Corrientes, lugar de donde fue enviado a las islas Malvinas a fines de abril de aquel aguerrido 1982.

Tras el inicio de los combates el 1° de mayo, y luego de cruentos ataques y contraataques entre las fuerzas argentinas e inglesas, la noche del 11 al 12 de junio, los Royal Marines lanzaron sobre las posiciones del RI N° 4 un fuerte ataque, entablándose un duro combate por cada tramo del terreno. Como consecuencia, a partir de las 22.00, los comandantes argentinos dan la orden de replegarse hacia Puerto Argentino. Algunas secciones pudieron tomar la retirada de acuerdo con la orden, pero dos de ellas (incluida la que tenía a su cargo el sanjuanino Silva) lograron en la noche del 13 de junio alcanzar el monte Tumbledown, agregándose allí por iniciativa de sus jefes al Batallón de Infantería de Marina N° 5 (BIM 5).

“¡Vamos soldados de hierro, viva la Patria carajo!”, bramó su garganta mil veces mientras dirigía una y otra vez mortal y certeramente el fuego de sus armas. Así murió aquel día el joven teniente, con el privilegio de los héroes, como siempre lo había soñado, defendiendo su tierra, sabiendo con el último hálito de vida que había cumplido con su deber de soldado. Su nombre, Oscar Augusto Silva, un sanjuanino que cayó combatiendo por Dios y por la Patria.

El general de Brigada (retirado) Diego Alejandro Soria, quien se desempeñó durante el conflicto de Malvinas, con el grado de teniente coronel y jefe del Regimiento de Infantería N° 4, del cual era integrante el subteniente Silva, sostiene que cuando ya la lucha había terminado al encontrarse él en calidad de prisionero de guerra en el trasbordador Saint Edmond, dialogó con el capitán de Fragata Carlos Hugo Robacio, (Jefe del BIM 5), quien le manifestó que luego de la rendición, al recorrer con los ingleses las posiciones donde combatiera el Batallón 5, había encontrado cuerpos de integrantes del ejército y que uno de ellos (refiriéndose a los cuerpos) había despertado la admiración de los británicos, pues no podían quitarle el fusil que tenía aferrado con el índice en el gatillo y la munición agotada. Por la chapa identificadora que Robacio le trajo, supo que se trataba del subteniente Oscar Augusto Silva. El relato lo emocionó de saber que hombres de esa talla habían combatido bajo su mando.

Concluida la contienda, el 14 de junio de 1982 en favor del Reino Unido, éstos decidieron levantar los cuerpos de los argentinos caídos en combate y enterrarlos en una fosa común en el cementerio de Darwin. En aquel terreno sagrado, 250 compatriotas duermen su sueño eterno, entre ellos aquel bravo sanjuanino.

En honor al héroe de guerra, un barrio ubicado en el departamento Rawson de nuestra provincia lleva el nombre de teniente Oscar Augusto Silva. Pero también tres bustos que representan a Silva se levantan en diferentes puntos del país: uno en el Regimiento de Infantería N° 4 en Monte Caseros provincia de Corrientes; otro en el Liceo General Espejo en la provincia de Mendoza; y uno en el Monumento a los Caídos en Malvinas en plaza España, de San Juan. Fuentes: Prof. Miguel Ángel Montaña - Libro "Malvinas, su historia. San Juan, sus héroes".

En honor al héroe de guerra, un barrio ubicado en el departamento Rawson de nuestra provincia lleva el nombre de teniente Oscar Augusto Silva. Pero también tres bustos que representan a Silva se levantan en diferentes puntos del país: uno en el Regimiento de Infantería N° 4 en Monte Caseros provincia de Corrientes; otro en el Liceo General Espejo en la provincia de Mendoza; y uno en el Monumento a los Caídos en Malvinas en plaza España, de San Juan. Fuentes: Prof. Miguel Ángel Montaña - Libro "Malvinas, su historia. San Juan, sus héroes".

Por Alberto Mansilla:

El 15 de junio de 1982, el Capitán de Fragata Carlos Robacio, jefe del Batallón de Infantería de Marina (BIM) Nº 5 y el Comandante inglés recorrían el campo de batalla. Los muertos ingleses ya habían sido retirados y era el turno de los caídos argentinos. De pronto el jefe británico, sorprendido, lo llama al oficial argentino y le señala un cuerpo.

Tenía los ojos abiertos, el rostro sereno, una herida cerca del hombro y otra cerca de la cintura y la mano aferrada furiosamente al fusil. El infante de marina argentino tomó el arma por su culata y tironeó. Pero la mano no lo soltó.

Parecían una sola pieza. Espontáneamente, ambos combatientes se pararon frente al cadáver e hicieron el saludo militar. Rígidos y emocionados, en medio del silencio del campo de batalla. El argentino decidió que lo enterrarían con el arma que se negaba a devolver. Luego Robacio buscó la chapa de identificación que debía colgarle del cuello.

La encontró. La tomó con firmeza y se la arrancó; era el Subteniente Oscar Augusto Silva.

Desde su San Juan natal había partido Oscar con una definida vocación militar. Ya la había puesto a prueba cursando en el Liceo Militar General Espejo. Luego su camino se dirigió a la Escuela Naval. Pero no era ése su destino. No estaba a gusto. Comenzó a cursar la carrera de ingeniería. Tampoco lo satisfizo. Y decidió ingresar al Colegio Militar de la Nación. Rindió para segundo año por su pasado liceísta y entró. Era uno de los más grandes de su promoción (la 112) pero también uno de los más queridos. Porque si algo se destacaba de Silva era su intrínseca bondad. Siempre estaba dispuesto a ayudar a sus compañeros y eso le valía ser uno de los mejores camaradas. Su familia lo llamaba "gordito", sus camaradas "el sapo", pero para todos era una bonachón al que le costaba poner "cara de guerra". De esos de los que se esperan constantemente buenas acciones. El Colegio Militar lo formó técnicamente. Aprendió a combatir, a conducir hombres y veló las armas. Pero sus inquietudes fueron más allá, porque intuyendo que todo aquello era incompleto, buscó ayuda en el Centro de Estudios Nuestra Señora de la Merced. Allí, un profesor de historia, "maestro de combatientes", le enseñó que era posible perder una batalla, pero con honor (1). Y le regaló unos versos de su autoría que decían, en una parte:

"Que no me ofrezcan lo que nunca tuve / por compensar lo que nos han quitado, / el honor de decir: donde yo estuve / flamea un estandarte soberano". Renglones que marcaron a fuego al joven cadete.

En noviembre de 1981 egresó del Colegio Militar como Subteniente del arma de Infantería. Pero, en medio de la alegría, tuvo que sufrir un enorme dolor. Cuando su familia se dirigía a Buenos Aires para compartir con él ese momento, un accidente automovilístico acabó con la vida de su madre y dejó internado a su padre y a una hermana.

Sus jefes le ordenaron que se dirigiera a su casa a hacerse cargo de la tragedia. Así lo hizo.

Marchó a San Juan en compañía de su hermana Ana Clara, que vivía con él en Buenos Aires, y su novia. Allí fue una vez más lo que había sido siempre para sus hermanas: el puntal sobre el cual se asentaba la estructura del ánimo familiar. Con sus modales suaves pero firmes, sus palabras de aliento, su presencia tranquilizadora, navegó en medio de la tormenta familiar. Y fue un gran piloto. Días después, en una ceremonia privada, el general Leopoldo Galtieri le entregó el sable. Ninguno de los dos sabía lo que le iba a pasar al joven oficial poco tiempo después. Porque tres meses más tarde se lanzaba el Operativo Rosario, se recuperaban las Islas Malvinas para la Patria y la Argentina se conmovía como nunca antes en sus últimos ciento cincuenta años de vida.

Mientras los argentinos se congregaban en Plaza de Mayo para apoyar a la empresa, el Ejército entero se movilizaba. Por eso Silva, destinado en el Regimiento de Infantería 4 de Monte Caseros, se comenzó a preparar para ir al sur primero, y luego para cruzar a las Islas. Llegaron a Comodoro Rivadavia, luego a Río Gallegos, más tarde a las Malvinas. La primera noche en Puerto Argentino, la siguiente al norte del aeropuerto, en la península de Freycinet, para dar la temprana alarma de

algún posible ataque por mar. En medio de todo el traqueteo, Silva se mantenía preocupado por sus soldados. Hacía todo lo que podía por mantenerlos bien física y espiritualmente.

Rezaba, consolaba, apoyaba. Porque todo era una larga espera en la que había lugar para el miedo y la incertidumbre.

Mientras esto ocurría, el avance inglés había tenido éxito. Desembarcados el 21 de mayo en la Bahía de San Carlos, habían avanzado hacia Darwin y allí, pese a los esfuerzos de la Fuerza de Tareas Mercedes, habían vencido a los defensores. En la noche del 28 de mayo se produjo el ataque inglés, en donde falleció el Teniente Estévez. Al día siguiente, los argentinos se rendían y dejaban que los ingleses siguieran su curso hacia Puerto Argentino.

El despliegue invasor se dirigía, entonces, hacia el este de la Isla Soledad, y se enfrentaría con dos cordones defensivos: el primero, en la línea imaginaria que unía de norte a sur, Monte Longdon, Dos Hermanas, Goat Ridge y Harriet. Más al este, el siguiente, que se articulaba en la misma dirección: Wireless Ridge, Tumbledown, Williams y Sapper Hill, todas pequeñas elevaciones que daban su espalda a Puerto Argentino.

En la primera de las posiciones nombradas estuvo el Subteniente Silva. Llegó el 8 de junio y pasó a cumplir la misión de patrullar Goat Ridge de noche, mientras que de día debía ocupar espacio en la zona oeste del Dos Hermanas, junto a la sección del Subteniente Llambías Pravaz, un oficial un año más moderno que Oscar y que ya había tenido escaramuzas que le daban aire de veterano de guerra.

Nuestro héroe venía de la tranquilidad de la vigilancia en la península de Freycinet y pasó, de la noche a la mañana, a cumplir agotadoras jornadas de patrullaje en las zonas nombradas. Pero nada logró bajar su ánimo. Al contrario, ahora era el puntal también para Llambías quien, al encontrarse con un militar más antiguo, descansó un poco su responsabilidad en él. Y de nuevo "el sapo" desplegó su mejor cualidad: la bonhomía.

Por otro lado, ya esperaban un ataque, porque tenían noticias de la caída de Darwin y entendían que, si el desembarco había sido al oeste de la Isla Soledad, ahora tendrían que venir en dirección a donde se encontraban ellos.

Cuando en la noche del 10 al 11 de junio, el Regimiento 3 de Paracaidistas británico atacó Monte Longdon; el Comando 42 de la Real Infantería de Marina hizo lo mismo contra Monte Harriet y el Comando 45 de la Real Infantería de Marina se dispuso a combatir hacia Dos Hermanas, nadie se sorprendió. Por eso no les fue fácil. En este último par de elevaciones (Silva patrullaba Goat Ridge de noche) Llambías resistió con su sección. Cerca de allí, la actitud del regimiento fue heroica.

Murió el Teniente Martella y, uno tras otro, caen heridos (entre los jefes) los Subtenientes Nazer, Mosquera y Pérez Grandi. En medio de la confusa noche, con los hombres que puede, Llambías se replegó y se encontró casualmente con Silva. Juntos y con los últimos hombres de ambas secciones, se replegaron hacia el segundo cordón defensivo de Puerto Argentino.

Los ingleses avanzaron, pero a costa de mucha sangre propia. Por eso, al día siguiente, se vieron obligados a descansar. Así, mientras los argentinos se reacomodaban en la línea ya muy cercana a la capital de las islas, los invasores se sobrepasaban y dejaban en primera línea a las tropas frescas del Regimiento de Paracaidistas 2 (en dirección a Wireless Ridge) y los Guardias Escoceses y los Gurkhas (contra Tumbledown y Williams).

Mientras tanto, Silva no perdía la calma, como nunca lo hacía, pero demostraba algo de impaciencia por entrar en combate. No lo había podido hacer en la noche anterior, porque su misión lo alejó del mismo. Pero tenía su alma estremecida por la espera del momento de hacer la guerra. Siempre sin perder la magnanimidad en su trato con sus soldados y subalternos, a quienes seguía consolando y acompañando, animando y conduciendo.

Pudiendo replegarse a la ciudad para evitar el combate, el patriota hizo lo que debía hacer: pedir un puesto de combate en la defensa y quedarse con todos los soldados de su sección que estaban en condiciones de hacerlo.

Lo ubicaron en la fracción del Teniente de Corbeta Vázquez, dentro de las tropas del Batallón de Infantería 5, y desde allí se preparó para el combate final.

Con la oscuridad del 13 de junio comenzó el ataque inglés. Paracaidistas, Guardias escoceses y Gurkhas chocaron contra la última resistencia argentina.

Todo el poderío invasor se desató con su violencia y eficacia. Los argentinos resistían y mataban, los atacantes morían y volvían a aparecer como si nunca perecieran. Las posiciones fueron rodeadas, desgastadas, debilitadas por el fuego de artillería, lentamente, con mucho esfuerzo.

En el medio de todo ello, Oscar Silva había entendido que era su final. Ordenó, disparó, condujo a sus soldados, los animó permanentemente. Era un torbellino que no podía parar hasta encontrarse en el momento con el que había soñado toda su vida: el del máximo sacrificio por la Patria. Usó un arma, otra y otra. De pronto, se quedó sin munición. Miró alrededor. Vio a un soldado muerto con un fusil pesado a su costado. Saltó a esa posición. Lo tomó y decidió no separarse más de él.

Volvió a la suya y siguió disparando. En eso, sintió algo caliente cerca de su cintura y comenzó a formarse un manchón rojo sobre su uniforme de combate. Luego, lo mismo, pero cerca de su hombro.

Tocó su sangre y se aferró aún más a su arma. En su entorno, los soldados fueron muriendo uno a uno. Pareció quedarse solo. Pero no era así, pues Dios estaba con él. Y el FAP, que era su compañía en el último instante. Era su "novia" como le decían en el Colegio Militar. Cayó. Con mucho esfuerzo, se incorporó a medias y ordenó a todos que se retirasen. Él tenía con qué proteger el repliegue. El enemigo siguió avanzando. Juntó fuerzas, disparó el arma que tenía tomada con una sola mano, apoyando a los que se retiraban. Alcanzó a gritar: ¡Viva la Patria carajo! Y el bramido se escuchó desde Puerto Argentino... hasta el Cielo.

Finalmente, en Monte Tumbledown, la Poesía se convirtió en Historia y el cadáver del Subteniente Oscar Augusto Silva fue el estandarte soberano que flameó para siempre sobre nuestra tierra.

"...Desde su San Juan natal había partido Oscar con una definida vocación militar. Ya la había puesto a prueba cursando en el Liceo Militar General Espejo. Luego su camino se dirigió a la Escuela Naval. Pero no era ése su destino. No estaba a gusto. Comenzó a cursar la carrera de ingeniería. Tampoco lo satisfizo. Y decidió ingresar al Colegio Militar de la Nación. Rindió para segundo año por su pasado liceísta y entró. Era uno de los más grandes de su promoción (la 112) pero también uno de los más queridos. Porque si algo se destacaba de Silva era su intrínseca bondad. Siempre estaba dispuesto a ayudar a sus compañeros y eso le valía ser uno de los mejores camaradas. Su familia lo llamaba "gordito", sus camaradas "el sapo", pero para todos era una bonachón al que le costaba poner "cara de guerra". De esos de los que se esperan constantemente buenas acciones.

El Colegio Militar lo formó técnicamente. Aprendió a combatir, a conducir hombres y veló las armas. Pero sus inquietudes fueron más allá, porque intuyendo que todo aquello era incompleto, buscó ayuda en el Centro de Estudios Nuestra Señora de la Merced. Allí, un profesor de historia, "maestro de combatientes", le enseñó que era posible perder una batalla, pero con honor. Y le regaló unos versos de su autoría que decían, en una parte: "Que no me ofrezcan lo que nunca tuve / por compensar lo que nos han quitado,/ el honor de decir: donde yo estuve/ flamea un estandarte soberano". Renglones que marcaron a fuego al joven cadete...

El Colegio Militar lo formó técnicamente. Aprendió a combatir, a conducir hombres y veló las armas. Pero sus inquietudes fueron más allá, porque intuyendo que todo aquello era incompleto, buscó ayuda en el Centro de Estudios Nuestra Señora de la Merced. Allí, un profesor de historia, "maestro de combatientes", le enseñó que era posible perder una batalla, pero con honor. Y le regaló unos versos de su autoría que decían, en una parte: "Que no me ofrezcan lo que nunca tuve / por compensar lo que nos han quitado,/ el honor de decir: donde yo estuve/ flamea un estandarte soberano". Renglones que marcaron a fuego al joven cadete...

El Colegio Militar lo formó técnicamente. Aprendió a combatir, a conducir hombres y veló las armas. Pero sus inquietudes fueron más allá, porque intuyendo que todo aquello era incompleto, buscó ayuda en el Centro de Estudios Nuestra Señora de la Merced. Allí, un profesor de historia, "maestro de combatientes", le enseñó que era posible perder una batalla, pero con honor. Y le regaló unos versos de su autoría que decían, en una parte: "Que no me ofrezcan lo que nunca tuve / por compensar lo que nos han quitado,/ el honor de decir: donde yo estuve/ flamea un estandarte soberano". Renglones que marcaron a fuego al joven cadete...

CHAPA DE HEROE

El amanecer es frío y brumoso, algunos destellos de palido sol se cualen a traves de los jirones de bruma, dos hombres avanzan sobre el terreno, uno, es un oficial ingles de los royal marines, el otro es el Capitan de Fragata ROBACIO, de nuestra Armada Nacional, caminan por un jardin de muerte, y ese jardin esta poblado de frutos macabros, cadaveres de quienes cayeron luchando, aferrado con uñas y dientes a sus pisiciones, los ingleses ya han retirado los cuerpos de sus muertos, y ROBACIO, jefe del BIM 5, esta alli para llevar las chapas identificatorias de los caidos, que posteriormente seran inhumados en el cementerio de SAN CARLOS, .La gesta de MALVINAS , ha concluido, y la repatriacion de los prisioneros esta cercana, uno a uno los cuerpos son revisados y se les van quitando las chapas identificatorias correspondientes, pero pronto ROBACIO descubre que no todos son Infantes de Marina, hay uniformes de Ejercito, teñidos de sangre junto a sus hombres, han caido hermanados junto a sus camaradas del mar en el combate. Comienza a quitar las chapas. El oficial ingles lo llama y ROBACIO se acerca, hay un cuerpo que mira el cielo con los ojos muy abiertos, piadosamente se los cierra y de un tiron corta la cadena de la chapa identificatoria.No conoce a ese soldado jamas lo a visto antes, pero algo que le dice el oficial britanico lo hara recordarlo para siempre,-Mire- le dice el ingles, y señala la mano del muerto engarfiada en el fusil FAL ¿que ocurre ? pregunta el marino. El oficial britanico está haciendo esfuerzos para arrancar el fusil de aquella mano crispada y no lo logra. No quiere soltar su arma- murmura sorprendido el de los royal marines - Déjelo con ella - murmura ROBACIO y saluda a aquel caido haciendo la venia, el britanico lo imita, ambos estan conmovidos porque son soldados y un soldado siempre aprecia y respeta el valor , aunque provenga del enemigo. ROBACIO lee la chapa identificatoria del caido, Subteniente OSCAR AUGUSTO SILVA , dice la inscripcion seguida por un numero.Despues ambos se alejan del campo de batalla donde ya no truena el cañon, y se respira la paz de los muertos, los destellos de sol desaparecen mientras las dos figuras se pierden como fantasmas en la grisacea bruma MALVINERA - fragmento del libro MALVINAS 20 AÑOS 20 HEROES- CIRCULO MILITAR-Pag 46-VIVA LA PATRIA. CARAJO-por ARMANDO.FERNANDEZ (autor)- "Quiero cerrar mi relato diciendo que cuando ya la lucha habia terminado yo me encontraba en el ferry Sanint edmond en calidad de prisionero de guerra, dialogue con el Capitan de Fragata ROBACIO , quien me manifesto que al recorrer con los ingleses las posiciones donde combatiera el BIM 5 habia encontrado cuerpos de integrantes del Ejercito y que uno de ellos habia despertado la admiracion britanica, pues no podian quitarle el fusil que tenia aferrado, con el indice en el gatillo y la municion agotada, por la chapa identificatoria que ROBACIO trajo, supe que se trataba de OSCAR AUGUSTO SILVA, y entonces me emocione al saber que hombres de esa talla habian combatido bajo mi mando"

la venia, el britanico lo imita, ambos estan conmovidos porque son soldados y un soldado siempre aprecia y respeta el valor , aunque provenga del enemigo. ROBACIO lee la chapa identificatoria del caido, Subteniente OSCAR AUGUSTO SILVA , dice la inscripcion seguida por un numero.Despues ambos se alejan del campo de batalla donde ya no truena el cañon, y se respira la paz de los muertos, los destellos de sol desaparecen mientras las dos figuras se pierden como fantasmas en la grisacea bruma MALVINERA - fragmento del libro MALVINAS 20 AÑOS 20 HEROES- CIRCULO MILITAR-Pag 46-VIVA LA PATRIA. CARAJO-por ARMANDO.FERNANDEZ (autor)- "Quiero cerrar mi relato diciendo que cuando ya la lucha habia terminado yo me encontraba en el ferry Sanint edmond en calidad de prisionero de guerra, dialogue con el Capitan de Fragata ROBACIO , quien me manifesto que al recorrer con los ingleses las posiciones donde combatiera el BIM 5 habia encontrado cuerpos de integrantes del Ejercito y que uno de ellos habia despertado la admiracion britanica, pues no podian quitarle el fusil que tenia aferrado, con el indice en el gatillo y la municion agotada, por la chapa identificatoria que ROBACIO trajo, supe que se trataba de OSCAR AUGUSTO SILVA, y entonces me emocione al saber que hombres de esa talla habian combatido bajo mi mando"

Parrafo del SR Gral de Brigada DIEGO ALEJANDRO SORIA , quien siendo Teniente Coronel ejercio el mando de I RI4

Sus subordinados y camaradas cuentan que el Subteniente Oscar “el Sapo” Silva por no replegarse, a pesar de que estaba impartida la orden eligió desplazarse hasta las posiciones de sus hermanos los gloriosos infantes de marina del Batallón de Infantería de Marina 5 que aun resistían y se sumo a la desesperada pelea que mantenían contra un enemigo superior en numero y medios. Lo hallaron empuñando firmemente su fusil, caído para siempre en la turba malvinense. Pero todavía se escucha sus gritos de furia alentando a proseguir el combate.

Del liceo militar General Espejo a la Escuela Naval y por ultimo al Colegio Militar de la Nación, su carrera militar no tiene sobresalto, no busca llamar la atención al igual que todos los héroes argentinos sino nada mas que sigan su ejemplo de bien.

“Un grito de León”, el arco luminoso de una bengala rasga la noche teñida de tinieblas. Por unos instantes, el admira la estela que termina desplegando sus vigorosos rayos de luz. Pero la magia concluye enseguida. Crecen gritos en el silencio. Gritos de guerra, gritos de odio. El enemigo comienza a trepar las laderas disparando sus balas trazantes. Es la noche del 11 de junio de 1982 y la guerra se aproxima a su fin. Se ha impartido la orden de replegarse hacia Puerto Argentino pues el dispositivo de defensa nacional ha sido quebrado luego de durísimos combates.

La cuarta sección de la infantería de marina del “BIM5” al mando del teniente de corbeta Vázquez sigue en sus posiciones pero no esta sola, un puñado de hombres del ejército , perteneciente a la sección de tiradores de la compañía “A” del RI4, encabezado por el subteniente Silva se le ha unido horas antes. Silva, usando su iniciativa, ha resuelto quedarse a luchar con sus hermanos. Y ahora aguarda, fusil en mano, junto al resto de los que allí están, el combate final. La batalla entra a su punto culminante.

En el frente (Monte Tumbledown) se combatía encarnizadamente para mantener la línea de defensa, el

enemigo había tropezado con una posición dura, de resistencia feroz, de fuego intenso.

"Subteniente se me trabó el FAP" grito un soldado, tomó su FAL y continuó disparando.

El subteniente Silva al ver al soldado en esa condición, sale de su pozo de zorro, destraba el FAP, y se lo alcanza a otro soldado quien nuevamente continua disparando, es el arma principal de la fracción para detener a los ingleses que atacan incesantemente las líneas defensoras.

De repente se distrae del combate, tiene una pausa, siente que le quema el hombro, el dolor es profundo, no puede mover su brazo izquierdo, mira su mano y ve correr sangre; está herido. Es sangre de valiente, sangre del que va a combatir hasta el fin por lo que cree.

Una y otra vez los han rechazado, una y otra vez vuelven, de repente el héroe se queda sin municiones, mira al rededor y ve unos de sus soldados ya sin vida a su lado. Toma su FAL y sigue disparando hasta agotar las municiones. A su alrededor sus hombres y los infantes de marina van cayendo, uno a uno. Se está quedando solo. Silva se encomienda a Dios.

El subteniente del Ejército Argentino abandona nuevamente su posición y va en ayuda de un herido, en el trayecto de un pozo a otro, ve que el soldado, a quien había dejado con el FAP cae muerto por el fuego enemigo.

Entre el fuego y el fragor de la lucha toma al herido y lo traslada sobre sus hombros, arrastrado, agazapado, a otra posición más segura, unos treinta metros detrás.

Con el FAL en las manos dispara y avanza a la línea de fuego, recupera el FAP, es fundamental para resistir, se lo acerca a otro soldado quien también es herido, nuevamente su jefe lo arrastra como al primero y lo pone en un lugar seguro, mientras grita, da órdenes, infundiendo valor a sus hombres.

Regresa al frente, tomó nuevamente el FAP siguió disparando y gritando para conducir a algún hombre que aun quedaba.

La desproporción de tropas es tremenda, pero la resistencia argentina inscribió epopeyas en tinta de sangre.

Los ingleses intentaron una y otra vez romper la defensa desde la tarde del 13 y hasta la mañana del 14 de junio de 1982.

El heroísmo manifiesto de la resistencia ante la embestida invasora hizo que los británicos se replegaran más de una vez.

Allí estaba Oscar Augusto Silva, subteniente del Ejército Argentino, tenía 24 años y se iba a casar ese mismo año. Su voz firme y viril desgarraba su garganta al bramar: "...vamos soldados de hierro... ¡Viva la patria! ...fuerza soldados de mi patria!!!..." mil veces rugió mientras dirigía una y otra vez, mortal y certeramente el fuego de las armas defensoras de nuestra querida Argentina.

La lucha era terrible, el fuego contra el fuego, el sol despuntaba en el horizonte cuando su fracción es sobrepasada por la masa de las fuerzas enemigas.

No retroceder jamás, la dignidad y la palabra empeñada de "no ceder" era suficiente para no quebrarle el ánimo, él era un soldado del Ejército Argentino.

Miró y vio que estaban siendo arrasados, sobrepasados, tomó su fusil y colocó la bayoneta, ya se había quedado sin municiones, y con fusil armado a la bayoneta emprendió su último combate cuerpo a cuerpo.

En un supremo esfuerzo saltó de su pozo y emprendió contra los invasores de su patria.

Entonces grita, emite un alarido de horroroso coraje. Es el bravo rugido del león herido y acosado por la jauría. Grita mientras hace trepidar su arma que vomita un mortal mensaje de plomo, Viva la Patria carajo!!!

Un ciego instante de eternidad que retrata su gesto, el frío viento de la mañana templó su rostro, el horizonte permitió al sol depositar en sus ojos el brillo de los héroes y fue un león rugiente, de frente, cara a cara y a la carga.

Irónicamente los ingleses colonialistas no pudieron matar de frente a este león y lo abatieron a tiros por la espalda.

Murió defendiendo esa pequeña porción de terreno que representaba su Nación, su patria.

Al amanecer pasan a identificar los muertos y ven al soldado

muerto que esta sosteniendo firmemente el fusil sin poderlo sacárselo.

Subteniente Oscar Augusto Silva el privilegio de los héroes marcaron tu camino y usted valiente del Ejército Argentino dejó en el turbal malvinense el último hálito de vida cumpliendo con su deber de soldado.

El día 14 de mayo de 1982, el Subteniente Oscar Augusto Silva, del Ejército Argentino, falleció en el campo de batalla de la Montaña de los Hornos, durante la Operación Soberanía.

El Subteniente Silva, de 28 años de edad, pertenecía al Regimiento de Infantería 13, y fue uno de los soldados que defendió valientemente el territorio argentino en las Malvinas. Su sacrificio es recordado como un ejemplo de coraje y patriotismo.

El Subteniente Oscar Augusto Silva es un héroe que merece ser recordado y honrado por su valiente sacrificio en defensa de la soberanía argentina.



Evocamos aquí la personalidad del héroe muerto en los últimos combates por la defensa de puerto argentino, murió como había vivido, de frente a la realidad. sus subordinados y camaradas cuentan que por no replegarse, a pesar de que estaba, impartida la orden, Silva eligió desplazarse hasta las posiciones de sus hermanos los gloriosos infantes de marina del "BIM5" que aun resistían y se sumo a la desesperada pelea que mantenían contra un enemigo superior en numero y medios. lo hallaron empuñando firmemente su fusil, caído para siempre en la turba malvinense. Pero todavía se escucha sus gritos de furia alentado a proseguir el combate. Del liceo militar Gral. espejo, a la escuela naval y por ultimo al colegio militar.

"Un grito de León"

el arco luminoso de una bengala rasga la noche teñida de tinieblas. Por unos instantes, el admira la estela que termina desplegando sus vigorosos pétalos de luz. Pero la magia concluye enseguida. Crecen gritos en el silencio. Gritos de guerra, gritos de odio. La tercera brigada de royal marines comienza a trepar las laderas disparando sus balas trazantes. Es la noche del 11 de junio del 82y la guerra se aproxima a su fin. El Gral. jofre ha impartido el orden de replegarse hacia puerto argentino pues el dispositivo de defensa nacional ha sido quebrado, luego de durísimos combates. La cuarta sección de infantería marina del "BIM5" al mando del teniente de corbeta Vázquez sigue en sus posiciones pero no esta sola, un puñado de hombres del ejercito, perteneciente a la sección de tiradores de la compañía "A" del RI4, encabezado por el subteniente silva se le ha unido horas antes. Silva, usando su iniciativa, ha resuelto quedarse a luchar con sus hermanos que algún día era de ellos ahora aguarda, fusil en mano, junto al resto de los allí están, el combate final. La batalla entra a su paroxismo demencial. Una y otra vez los han rechazado, una y otra vez vuelven, de repente el héroe se queda sin balas, mira al derredor, unos de sus soldados ya sin vida a su lado. Toma su FAL y sigue disparando hasta agotar las municiones. A su alrededor, uno de sus hombres y los infantes de marina van cayendo uno a uno. Se esta quedando solo. Silva se encomienda a dios, piensa en su madre y comprende que muy pronto se le unirá allá arriba, en el cielo, donde no hay guerras ni frío ni penurias ni odio. Un proyectil le perfora el hombro, tiene un instante par contemplar su propia sangre. Es sangre de valiente, sangre del que va a combatir hasta el fin por lo que cree.

Ordena entre gritos, a los que restan de su compañía, que se retiren y pide que le acerquen un fusil para cubrir el repliegue de sus hombres. A sus soldados no les queda mas remedio que obedecer. Silva los ve partir y enclavija los dientes, luego se levanta trabajosamente y ve al enemigo que siguen viniendo. Entonces grita, emite un alarido de horroroso coraje. Es el bravo rugido del león herido y acosado por la jauría. Grita mientras hace trepidar su arma que vomita un mortal mensaje de plomo VIVA LA PATRIA CARAJO!!!, un ciego instante de eternidad que retrata su gesto. Ese instante de eternidad que retrata su gesto. Ese instante de eternidades el cruce del umbral que lo lleva hacia la gloria lo llevo a ser héroe un fuego cruzado de ametralladoras. Al amanecer pasan a buscarlas chapas identificatorias y ven al soldado muerto que esta sosteniendo firmemente el fusil sin poderlo sacárselo...VIVA LA PATRIA!!!

Ordena entre gritos, a los que restan de su compañía, que se retiren y pide que le acerquen un fusil para cubrir el repliegue de sus hombres. A sus soldados no les queda mas remedio que obedecer. Silva los ve partir y enclavija los dientes, luego se levanta trabajosamente y ve al enemigo que siguen viniendo. Entonces grita, emite un alarido de horroroso coraje. Es el bravo rugido del león herido y acosado por la jauría. Grita mientras hace trepidar su arma que vomita un mortal mensaje de plomo VIVA LA PATRIA CARAJO!!!, un ciego instante de eternidad que retrata su gesto. Ese instante de eternidad que retrata su gesto. Ese instante de eternidades el cruce del umbral que lo lleva hacia la gloria lo llevo a ser héroe un fuego cruzado de ametralladoras. Al amanecer pasan a buscarlas chapas identificatorias y ven al soldado muerto que esta sosteniendo firmemente el fusil sin poderlo sacárselo...VIVA LA PATRIA!!!

EL SUBTENIENTE

A Oscar Augusto Silva

Replegarse! Y abandoné mi puesto. Alto el fuego! Nuestro sector flaqueó. Masticando
impotencia y de nuestros, Mi unidad cedió y retrocedió.

Habia muchos heridos gravemente, Ya el jefe quedó fuera de la acción, Y un bisoño,
imberbe subteniente, Tomó el mando de nuestra fracción.

A su cargo estaba el estandarte E imploraba el joven oficial Que Dios le permita
ofrendarse Y la sagrada enseña resguardar.

Casi todos habían reulado, Los ingleses venían en tropel, Y al custodio del pendón
inmaculado, Sólo le cabía morir con él.

De repente, todas las miradas, Registraron la insigne aparición: El mismísimo Santo de
la Espada Junto al viejo estandarte se erigió.

Alto, enjuto, de rostro aceitunado, Con bicornio y de casaca oscura, Exclamó:
¡Seguidme, mis soldados! ¡Por la Patria, con tesón y con bravura!

EL CUERPO VIENTE

Esa voz galvanizó a la tropa. «¿Escucharon? ¡Es el Libertador!» Y atacamos, tirando a
quemarropa, Decididos a arrojar al invasor.

Nuestra embestida vehemente No la resistió el anglosajón, Pero el impetuoso
subteniente Fue el primero en caer en esta acción.

Y sobre su cuerpo inanimado, Gacha la cabeza, en gran pesar, Se los juro, vimos
azorados, A José de San Martín llorar.

A su cargo estaba el estandarte E imploraba el joven oficial Que Dios le permita
ofrendarse Y la sagrada enseña resguardar.

Casi todos habían reulado, Los ingleses venían en tropel, Y al custodio del pendón
inmaculado, Sólo le cabía morir con él.

De repente, todas las miradas, Registraron la insigne aparición: El mismísimo Santo de
la Espada Junto al viejo estandarte se erigió.

Alto, enjuto, de rostro aceitunado, Con bicornio y de casaca oscura, Exclamó:
¡Seguidme, mis soldados! ¡Por la Patria, con tesón y con bravura!

Esa voz galvanizó a la tropa. «¿Escucharon? ¡Es el Libertador!» Y atacamos, tirando a
quemarropa, Decididos a arrojar al invasor.

Nuestra embestida vehemente No la resistió el anglosajón, Pero el impetuoso
subteniente Fue el primero en caer en esta acción.

Y sobre su cuerpo inanimado, Gacha la cabeza, en gran pesar, Se los juro, vimos
azorados, A José de San Martín llorar.

El Subteniente Silva fue enterrado en suelo Malvinense, con el fusil que defendió su tierra y se nego a entregar...

Todo el poderío invasor se desató con su violencia y eficacia. Los argentinos resistían y mataban, los atacantes morían y volvían a aparecer como si nunca perecieran. Las posiciones fueron rodeadas, desgastadas, debilitadas por el fuego de artillería, lentamente, con mucho esfuerzo.

En el medio de todo ello, Oscar Silva había entendido que era su final. Ordenó, disparó, condujo a sus soldados, los animó permanentemente. Era un torbellino que no podía parar hasta encontrarse en el momento con el que había soñado toda su vida: el del máximo sacrificio por la Patria. Usó un arma, otra y otra. De pronto, se quedó sin munición. Miró alrededor. Vio a un soldado muerto con un fusil pesado a su costado. Saltó a esa posición. Lo tomó y decidió no separarse más de él. Volvió a la suya y siguió disparando. En eso, sintió algo caliente cerca de su cintura y comenzó a formarse un manchón rojo sobre su uniforme de combate. Luego, lo mismo, pero cerca de su hombro.

Tocó su sangre y se aferró aún más a su arma. En su entorno, los soldados fueron muriendo uno a uno. Pareció quedarse solo. Pero no era así, pues Dios estaba con él. Y el FAP, que era su compañía en el último instante. Era su "novia" como le decían en el Colegio Militar. Cayó. Con mucho esfuerzo, se incorporó a medias y ordenó a todos que se retirasen. Él tenía con qué proteger el repliegue. El enemigo siguió avanzando. Juntó fuerzas, disparó el arma que tenía tomada con una sola mano, apoyando a los que se retiraban. Alcanzó a gritar: ¡Viva la Patria carajo! Y el bramido se escuchó desde Puerto Argentino... hasta el Cielo.

Posteriormente, cuando el Jefe del BIM 5 (Cap. Robacio) encontró el cadáver, intentó tomar el fusil para poder sepultar a Silva. Fue imposible.

El Subteniente Silva fue enterrado en suelo Malvinense, con el fusil que defendió su tierra y se nego a entregar

Todo el poderío invasor se desató con su violencia y eficacia. Los argentinos resistían y mataban, los atacantes morían y volvían a aparecer como si nunca perecieran. Las posiciones fueron rodeadas, desgastadas, debilitadas por el fuego de artillería, lentamente, con mucho esfuerzo. En el medio de todo ello, Oscar Silva había entendido que era su final. Ordenó, disparó, condujo a sus soldados, los animó permanentemente. Era un torbellino que no podía parar hasta encontrarse en el momento con el que había soñado toda su vida: el del máximo sacrificio por la Patria. Usó un arma, otra y otra. De pronto, se quedó sin munición. Miró alrededor. Vio a un soldado muerto con un fusil pesado a su costado. Saltó a esa posición. Lo tomó y decidió no separarse más de él. Volvió a la suya y siguió disparando. En eso, sintió algo caliente cerca de su cintura y comenzó a formarse un manchón rojo sobre su uniforme de combate. Luego, lo mismo, pero cerca de su hombro.

Tocó su sangre y se aferró aún más a su arma. En su entorno, los soldados fueron muriendo uno a uno. Pareció quedarse solo. Pero no era así, pues Dios estaba con él. Y el FAP, que era su compañía en el último instante. Era su "novia" como le decían en el Colegio Militar. Cayó. Con mucho esfuerzo, se incorporó a medias y ordenó a todos que se retirasen. Él tenía con qué proteger el repliegue. El enemigo siguió avanzando. Juntó fuerzas, disparó el arma que tenía tomada con una sola mano, apoyando a los que se retiraban. Alcanzó a gritar: ¡Viva la Patria carajo! Y el bramido se escuchó desde Puerto Argentino... hasta el Cielo.

Posteriormente, cuando el Jefe del BIM 5 (Cap. Robacio) encontró el cadáver, intentó tomar el fusil para poder sepultar a Silva. Fue imposible.

El Subteniente Silva fue enterrado en suelo Malvinense, con el fusil que defendió su tierra y se nego a entregar